

Lo primero que hago al despertarme es correr al cuarto de mamá y darle los buenos días mientras la beso tiernamente en ambas mejillas.

—Buenos días, hermanito —le digo.

—Buenos días, doctor —me contesta mientras se peina.

Quizá convenga señalar desde ahora que tengo siete años y medio y que estudio solfeo cantado con mi tía Berta.

—Buenos días, sobrina —digo al entrar en la pieza donde papá empolla sus reumatismos.

—Buenos días, mi querida —dice papá.

Agrego, con fines de información, que soy un varoncito pelirrojo y sumamente desenvuelto.

Después de sus abluciones, la familia se reúne en torno al pan con manteca y al Figaro, y siempre soy el primero en dar los buenos días a mi hermano mayor que prepara ya su buena tajada de pan con dulce.

—Buenos días, mamá —le digo.

—Buenos días, Medor —me dice— ¡Cucha! —agrega con energía.

En esa forma la familia se va reuniendo para saborear el café con leche preparado por mi abuelito con su esmero habitual. Precisamente por eso no me olvido jamás de mostrarle mi agradecimiento en estas circunstancias.

—Muchas gracias, Olivia —le digo.

—Oh, de nada, hermana —contesta mi abuelito.

Estas tiernas efusiones son siempre malogradas por la intempestiva llegada del cartero con el telegrama del tío Gustavo, cultivador en Tananarive, y a mi hermano mayor le toca encargarse de la penosa lectura:

CAÑA AZÚCAR ARRUINADA TIFÓN MÓNICA STOP ¿QUÉ VA A SER DE MÍ? STOP

MIERDA STOP.

El telegrama no está firmado, los de la familia nos conocemos bien.

—Era de imaginarse —dice mamá, que se ha puesto a lloriquear.

—Con ese pésimo carácter que tiene —observa el doctor.

—Chicos, cállense la boca —dice mi hermano mayor.

—Somos chicos, pero lo mismo el tío Gustavo es un pajarón —dice mi hermana.

—¡Medor, cucha! —ordena mamá.

—¿Puedo dar mi opinión? —dice Olivia.

—Pero por supuesto, abuelito —dice mi hermana.

—¿Te vas a callar sí o no? —grita mi hermano mayor.

—¿Es así como se le habla a su madre? —dice mi sobrina.

—Perdón, mamá —dice mamá.

—Hipócrita —digo yo.

—Por favor, doctor —dice mi hermano.

—Mi opinión —dice Olivia— es que el café se va a enfriar por culpa del telegrama.

—Tiene razón —dice Medor.

—Gracias, abuelito —dice mi sobrina.

—De nada, Víctor —dice Olivia.